



**KONVERGENCIAS LITERATURA**

**ISSN 1669-9092**

**Año III N° 6 Tercer Cuatrimestre 2007**

**RESEÑA-ARTÍCULO DE FRANCISCO,  
DE JUAN CARLOS SÁNCHEZ SOTTOSANTO**

**Rubén Soto Rivera (Puerto Rico)**

*"A la hora de la presencia"* (: 29)

[...] *"era la impresencia"* (: 29).\*

La novela *Francisco* (Buenos Aires: Gárgola Ediciones, 2007, 144 pp.), de Juan Carlos Sánchez Sottosanto, como su homónimo de Asís, es también como la oración de este santo, apodado a veces el "Buda de Occidente", *un instrumento de paz*. La primera parte de *Francisco* se titula "Pneuma" (: 15). El Espíritu Santo se genera eternamente a partir del Amor entre el Padre y el Hijo, constituyéndose así en la Santísima Trinidad, según la ortodoxia católica y protestante. En la tradición católica, hay que cuaternizar el triángulo amoroso con la inclusión de la Virgen María, en *respuesta a Job*, -como K. G. Jung pensó a la hora del dogma de la ascensión de la Madre de Dios (Hijo). El novelista precedió la narración de su novela de los siguientes epígrafes (: 11): "No me niegues ahora el bien, después de habérmelo ofrecido" (Esquilo, *Prometeo encadenado*); y: "Tal como no te das cuenta de cuál es el camino del espíritu en los huesos dentro del vientre de la que está encinta, de igual manera no conoces la obra de Dios, que hace todas las cosas" (*Eclesiastés* 11:5). Entre sendas tradiciones, se plantea la paradoja que piensa, o

---

\* Este escrito se concentra en la primera parte de la novela, aludiendo y citando algún que otro pasaje de la segunda y tercera parte de la misma. En la primera parte de la novela, o "noviloquio", -como Juan Carlos Sánchez Sottosanto ha redenido el género novelesco de su *Francisco*, están incoadas las otras dos partes. Hemos compuesto dos escritos más de las restantes dos partes, los cuales refundiremos en uno para darlo a la estampa digital, pronto. Entre paréntesis, indicaremos el número de la página citada. Nuestra estrategia de lectura podría tal vez caracterizarse así: La *elocutio* es la misma, pero un cambio en la *dispositio* contrae un cambio en la *inventio*. Así, no es lo mismo: "Yo me baño en el río", que: "Yo me río en el baño". No obstante, la *inventio* de ambas proposiciones se potencian semánticamente con el juego de la *dispositio*. Esta sería la hermenéutica en esta reseña.

que es, *Francisco*, como novela y protagonista de ésta. Esquilo, el dramaturgo trágico que, en su *Prometeo encadenado*, pinta un conflicto entre Zeus, Padre de los dioses y los hombres, y el titán Prometeo, siendo éste su tío y un aliado del Cronida, en la guerra de sucesión de éste contra el Uranida. Sánchez Sottosanto se refiere a éste explícitamente cuando escribe: [...] "para tragarse calmamente caballos, hombres, niños, para devorárselos como Saturno a sus hijos, crudelísimo padre" [... (: 16)]. En el *Eclesiastés*, hallamos una tradición sapiencial veterotestamentaria marcada por un escepticismo que propone a la Muerte como la igualadora de todos los seres vivientes, negando a la vez una certeza de supervivencia *post mortem* para el alma humana. Entre *Prometeo encadenado* y *Eclesiastés*, hay una correspondencia en relación con lo escatológico: *Ignorancia*. Zeus quiere saber el secreto revelado por Themis, la Madre Tierra Justiciera, acerca de la identidad del hijo, dios, o héroe, que lo derrocará convirtiéndose en el próximo Rey de los dioses y de los hombres, pero Prometeo, ni aprecio de su libertad y relevo de penas, se lo revelará; mientras que el Predicador *nunca* nos revela certeramente qué hay después de la muerte para los fallecidos: Nada o algo más que nada, y esto último ¿cómo sería?: Justo o injusto. Por supuesto, hay una gran diferencia entre ambas tradiciones poéticas: el Predicador no revela nada, porque no sabe nada, mientras que Prometeo sabe cuál será el sucesor de Zeus, pero guarda el secreto que le reveló su madre. Entre Prometeo y el Predicador, hay otra correspondencia: La antelación, o precedencia, análoga a la del destino: "[...] predestinados, como la gota esencial de un bálsamo para librarme a tiempo de la muerte" (: 30). Prometeo es el pensamiento previsor<sup>1</sup>, o providente; el Predicador, o, como el "noberista"<sup>2</sup> argentino-dolorense lo denomina varias veces, el "platicador amigo" (: 28, 56, 71, 118, 119, 121, 122). pre-dica, o pre-dice, que basta una *minima moralia*.

Ambas citas epigráficas, conceptuadas en una síntesis semántica, significarían que la ignorancia del cómo del bien del nacimiento (bien ofrecido) no es causa suficiente para negar la actuación de una causa del mismo. Es decir, *Francisco* se interroga acerca de la *Phúsis* y del *Ethos* de ésta. No obstante, la presencia de dichos conceptos filosófico-teológicos griegos en *Francisco*, se los piensan ahí mediatizados por la tradición judeo-cristiana, la cual los había incorporado ya desde al menos el helenismo (el *Eclesiastés*, el *Eclesiástico*, la *Sabiduría* son tres ejemplos de esta síntesis), hasta por lo menos algunos Padres de la Iglesia tanto griegos como latinos. El caso paradigmático de

---

<sup>1</sup> "No habremos de morir para acabar, aunque un fuego provisorio atravesemos" [... (: 68)].

<sup>2</sup> La denominamos así porque es un concepto sutil entre la "novela" y la "ópera", remedo de la tragedia griega.

*Phúsis* y *Ethos* es el nacimiento de un ser humano: Padre y madre; maternidad y paternidad. La cita esquiliana introduce la imagen del Padre; la salomónica, la de la madre. Citemos de *Francisco*: "Cuán grande y generoso es nuestro Padre Mayor, el artífice de las paternidades" (: 62). O, cuando dice: "Yo sufrí ante el insulto; yo perdoné, porque era amor auténtico el brindado, y perdonado fui, porque mi paternidad era imperfecta" (: 62). Mientras que nos topamos con la maternidad, en esta otra cita: "Confían en la Madre Natura regida por la Razón; pero la *Raison* no será otra cosa que un barniz torpemente exigido a la vieja ceniza."<sup>3</sup> *Phúsis*: "Madre Natura"; *Ethos*: "Razón", o mejor, *Lógos*. En *Francisco*, la *Phúsis* como "Madre Natura" pretende hallar su causa en un Dios Padre: [...] "con un Dios soñado bajo la imagen de un ternísimo Padre, a quien mi corazón podía volcar el contenido completo de mi angustia pueril" (: 49). O, dicho con el siguiente imperativo: [...] "ama a ese Padre que cada día es recuperable sin necesidad de éxtasis; ama estos rostros que no son como los nuestros, pero que pese a ello siguen captando la imagen y semejanza de Dios" (: 53).

La *Phúsis* presocrática implica el Caos y el Cosmos, a la vez. Este ideario heleno lo detectamos en estas líneas de la novela: "¿El hombre, dominador del caos? ¿El hombre, artífice del bienestar supremo, de la felicidad suprema? ¿El hombre, fraternal con los hombres todos, cuando Caín y Abel solo sientan jurisprudencia para el crimen y su reinención perpetua?" Las cosmovisión helena de la *Phúsis* como guerra de los cuatro elementos está explícitamente aludida en la novela: "Qué Última Thule es ésta, Francisco, escenario del combate de los cuatro elementos primordiales, para salir todos heridos, derrotados, y nosotros heridos, derrotados con ellos, en este concierto o desconcierto, en esta polifonía del final de los tiempos" (: 21). O, en estas líneas: [...] "como para que la redondez del mundo se torne más segura y la lucha de los elementos no pueda alcanzarnos tan fácilmente" (: 27). La pampa es un infinito laberinto como el Caos hesiódico: [...] "ni siquiera hay salas, solo espacios indefinidos, ladrillotes de barro" (: 27), o cuando se dice: [...] "nosotros escogemos otro vértigo, otro camino de santidad, planísimo, infinito, como un espejo del Dios que lo ha criado [...] solo pampa, pampa, pampa. Será Tierra Prometida para nosotros" (: 16). Dios es al infinito como las pampas a lo extensísimo, o planísimo. El concepto de infinitud reúne al Creador (infinito en acto) con su criatura (infinita en potencia). La diferencia entre infinito en acto e infinita en potencia es también infinita, mas en potentísima actividad. María Antonia le advierte a su esposo milenarista: [...] "he visto insectos infinitos copulando y perpetuándose en el tiempo, he visto nuevos corredores en silencio, he visto frases obscenas manchando mis

<sup>3</sup> "Madre la timidez reconcentrada, que a nada se atrevía; las negras podían más que ella" (: 45).

paredes. Sólo hasta allí no puedes, no podemos penetrar, Francisco" (: 28). Mas preguntémos por la ubicación más precisa de tal "Allí". En efecto, María responde: [...] "tú me conoces y yo me he dejado conocer casi casi hasta el cuarto más recóndito, sólo ése no te he dejado traspasar, me da vergüenza, si ni yo misma lo traspaso, si ni yo misma me animo a mirar hacia el abismo, solo los márgenes miro y no penetro, no quiero más vislumbres, me arrancarían los ojos como Edipo, sólo para evitar mirar adentro" [... { 28}]. ¿Acaso pretende María la muerte del Dios Padre para quedarse con Francisco, su esposo e hijo por "los Misterios del Amor"<sup>4</sup> ("los misterios de esta alfarería" { : 63})? Aunque referidos a Sebastián, su hijo, los siguientes pasajes encajan en la situación que pretendemos esbozar sutilmente: "Es una presencia silenciosa. Es el hijo" (: 62).<sup>5</sup> Hay un raro *Complejo de Edipo* en María. Pero, como otro Adán que Adambuenosaires<sup>6</sup>, Francisco cual "el Adán del primer día" (: 23), transgredió la prohibición de su "no-Eva" (: 23). (Su apellido "Mexías" puede interpretarse como "Mejías", o "Mesías"). Aquel "Allí" es la diferencia, también en potentísima actividad infinita, entre infinito en acto e infinita en potencia. "Allí" son las márgenes del Caos y el Cosmos, porque el Caos está *Ahí* ("Pero todos perciben el horror. Es una rara cárcel" [: 59]), sincrónicamente, guardarrayando los límites de la civilización y la barbarie, potenciándolas paradójicamente a ambas. Nuevamente, la esposa del protagonista habla lo *correcto*: "Tú me hablas de Dios, de su bondad. Pero todo es tan cruel, Francisco, todo es definitivamente tan cruel. ¿Qué teodicea habrá de conformarnos? No solamente tú te sientes huérfano; la humanidad entera, y nosotros estamos en su comarca última, siente esa desazón, y a veces se

---

<sup>4</sup> "Nunca sabremos qué es el amor realmente, María Antonia; será siempre el vocablo más íntimo y el único que merezca primacía, pero será también el único verdaderamente inefable" (: 50). O: "Razón tienes: este mundo está lleno de crueldad, y los abismos de la duda nos dejan náusea y vértigo. Pero en el amor nos justificamos, no en la emoción sino en la persistencia, en la imitación de esa larga costumbre que tiene Dios de amar y de yacer en el cenit de la bondad inextinguible" (: 53). O: "Amamos, porque Dios amó primero; en una eternidad hemos sido anteceditos en la labor de amar. Nuestra experiencia es mínima; humanos, mortales somos, y nos apoderamos del atributo mayor de la Divinidad" (: 51-52).

<sup>5</sup> "En la matriz del tiempo te engendré, cuando ya me aprestaba a la renuncia amé con desesperación, con terror, con mórbido temblor ante la muerte, con expectativas recargadas de angustia" (: 62).

<sup>6</sup> "Hablan de luchar contra los indios como si de una obligación obvia se tratara; dicen que obedecen a un jefe al que particularmente no aman ni odian y posiblemente ni conozcan; en Buenos-Ayres las cosas acontecen demasiado velozmente, de la Revolución hemos pasado a la dilución, como partículas de sal en un agua que arrastra" (: 59).

complace en reproducirla al infinito" (: 49). El fracaso de una teodicea como la leibniziana, por ejemplo, consiste en haber soslayado que *Jáos* está siempre *Ahí*. Cualquier intentona de ética, o teodicea, sin su potentísima concurrencia estará *abocada* al fracaso, porque *Jáos* es una boca tan abierta como la de un gran abostezo. El tedio y el asombro coinciden en tal **A**-leph. *Allí*, o *Ahí*, *Hay*. Parménides lo supo como iniciado y *Allí* fue llevado, pero no *motu proprio*. María Antonia es como la superabundancia de lo femenino en el *Peri Phúseos* parmenídeo.<sup>7</sup>

La pregunta por la *Phúsis* y el *Ethos* de ésta se nos torna presocrática en la cosmogonía indígena. Sánchez, autor de un poemario titulado *Die Vorsokratiker* ("Los presocráticos"), inédito aún<sup>8</sup>, repiensa el binomio *Phúsis* y el *Ethos*, reconceptuándolo ingeniosamente con las nociones cosmogónicas de los indios de las pampas: "Los abuelos se abisman en versiones fagmentadas y contradictorias. Las historias más viejas se tornan espejismos y cuesta tanto rearmarlas. ¿Cuál fue el primer hombre, el primer árbol, el primer pájaro, el primer grito, la primera palabra?" [... {: 36}] El novelista reinventa en *Francisco* una situación existencial análoga con el encuentro inicial de la *caritas* cristiana<sup>9</sup> con la *paideía* griega en el mundo helenizado dominado por el Imperio romano. La contrarreforma jesuita barroca, desafecta del Renacimiento y la Ilustración, pretendía rearmonizar patristicamente la *caritas* cristiana con la *paideía* griega en el marco de un nuevo sacro imperio romano. Mas Francisco, a pesar de su explícita negación a las estrategias evangelizadoras del jesuitismo<sup>10</sup>, está impregnado del ideal

<sup>7</sup> Cfr. "Parménides 'feminista'" (pp. 1-35), de nuestro libro *De Parménides a Demonacte. Hilos de una urdimbre textual para una nueva historia de la filosofía*, San Juan (Puerto Rico), 1999.

<sup>8</sup> El poeta tuvo la gentileza de hacérmelo llegar en un documento adjunto a través de un email.

<sup>9</sup> "Mejor que Eros, Pablo de Tarso y Juan, el prisionero, nos dejaron su propia perplejidad ante el amor; amor Agape, amor Caritas, aquello que Dios es, aquello que todo moviliza, hasta la muerte de Cristo y la salvación de los justos" (: 52). O: "Agape, amor Caritas, aquello que Dios es, aquello que todo moviliza, hasta la muerte de Cristo y la salvación de los justos. Pero no pudieron definirlo; nos dijeron: así es, así se manifiesta, pero no podemos decirte lo que es" (: 52).

<sup>10</sup> "Pero nosotros no somos los jesuitas. Los jesuitas, en el fondo, nunca dejaron de menospreciarlos y de creer que sólo ellos eran los esclarecidos; creían que con su propio martirio le hacían un favor a Dios" (: 33). Contrástense con éstas líneas: "Pero el Evangelio Eterno tiene que predicarse; y por algún lado hay que empezar. Nosotros ya hemos empezado; la cuestión es continuar. Multiplicar la semilla, como quien dice. Y por qué no hacerlo entre los indios: son como un surco fértil, y también son hijos de Dios" (: 5). En conclusión, tal vez, el discípulo como el maestro: "Muchas cosas sentí que no eran ciertas. Muchas cosas las vi entremezcladas con las penumbras de la falsedad. Nunca pudo desprenderse del todo del papismo impuro. Nunca pudo

educador jesuítico como el de su maestro Manuel Lacunza, en cuyo libro la *Venida del Mesías en gloria y majestad*, aprendió su milenarismo. En la Roma imperial, la evangelización del helenismo contrajo la helenización del cristianismo, la cual, a su vez, contrajo el redescubrimiento del paganismo desde las teologías y estrategias propagandísticas cristianas. Como ejemplo de esto, presentamos a Orígenes y Clemente de Alejandría, Amonio Sacas y Juliano, el Apóstata. El ideal cosmopolita de la *Urbs* como la *oikoumene* consta en el ideario de la concepción barroco-misionero jesuita, y nos parece que Francisco lo comparte, a pesar de su explícita oposición. Leamos al respecto dos pasajes pertinentes: "Locos estaban los antiguos. Creían que por alguna zona, en algún borde del sur, hallarían una ciudad fantástica, de oro y plata, la Ciudad de los Césares. Buen chasco. Sólo pobres tribus, cada vez más dispersas e indefensas, acumulando los últimos residuos de odio y desesperación" (: 54). Y, en las siguientes líneas de capataz Molina: "A veces yo también miro hacia el sur y pienso: el sueño del patrón se ve mucho mejor que el de la Ciudad de los Césares. Los caciques reunidos, las tribus prosperando, ya no más Tierra Adentro y Tierra Afuera" (: 56). ¿Acaso no fue así que se inició el sueño de la *Romae Aeternae*? La novela está dedicada a los utopistas protagonistas de la misma y a un César. "A su recuerdo, César, y a la ilusión de que estas páginas no le hubieran sido indiferentes" (: 10, 126). En la homonimia de "César", hay una pluriferencialidad como la del "Aleph" borgeano; no sólo es su querido maestro César Vilgré La Madrid, humanista dolorense, a cuyos herederos, el autor asienta su profundo agradecimiento por la generosidad de haberle permitido el uso de su biblioteca, sino también a *Caius Julius Caesar* como sinécdoque del *Imperium Universale Romanum*. Como en J. L. Borges, repitamos: "El tamaño de nuestra esperanza".<sup>11</sup> ¿Acaso no espera aún, Argentina, por una Edad de plata, o argentina, como la hesíodica en los *Trabajos y los días*?

Francisco halla asombrado: "Cosmogonías extrañas, extrañas filiaciones de la espera, se han infiltrado como un agua turbia, formando ciénaga en los sitios en que

---

romper el último eslabón" (: 47-48).

<sup>11</sup> Además, como Jorge Luis Borges, en el "Prólogo" a su *Hacedor*, dice: "En este punto se deshace mi sueño, como el agua en el agua. La vasta Biblioteca que me rodea está en la calle México, no en la calle Rodríguez Peña, y usted, Lugones, se mató a principios del 38. Mi vanidad y mi nostalgia han armado una escena imposible. Así será (me digo) pero mañana yo también habré muerto y se confundirán nuestros tiempos y la cronología se perderá en un orbe de símbolos y de algún modo será justo afirmar que yo le he traído este libro y que usted lo ha aceptado."

debiera haber sólo previo manantial del paraíso" (: 39).<sup>12</sup> En *Francisco*, hay un coro trágico de voces indígenas helenizadas que canta: "No sabían que conocemos la tierra antes que padre, abuelo, bisabuelo, antes que el huinca llegara por el río ancho que simula ser mar. Que ya sabíamos el milagro de la progenie de la tierra. Que los surcos, las semillas, los tiempos de la espera. Que la cosecha y el brío, y la algazara por el trabajo bueno. No lo sabían. Pero este huinca es benévolo" (: 4). Francisco es como un padre benévolo para los indios, pero su bondad, o benevolencia, no es razón suficiente para que los indios "con expectación casi infantil, con alegría" (: 43), lo esperen venir. El protagonista de la novela admira tanto este estado de ánimo de la indiada, que anhela estar así a la hora de la *Parousía*: "O la gran palabra griega: anástasis, volver a estar de pie. Estar de pie tras la conflagración y el pánico. Intactos como niños de florecida piel" (: 68). Como los indios ante las quemazones en las pampas. La cosmogía indígena hace del Fuego, -como la de Heráclito-, el Padre Universal:

Antes que padre y madre, que abuelo y bisabuelo, la tierra ya hablaba con el cielo, las formas ascendían a los astros como un mar caliginoso y transicional, en un diálogo apurado, porque son demasiadas las cosas por decirse, y puede el viento perderlas. Por eso nos gusta contemplarlo. Por eso los animales salen de sus madrigueras y se quedan, fascinados, mirándolo. Todos queremos descifrar el diálogo. Todos queremos captar esas palabras susurradas en agonía, todos queremos presentir en las llamas la forma del amado que se fue, pero que en esas noches se recobra, vuelto una roja nostalgia sublunar, con forma de guerrero o de hembra hacendosa, de niño juguetón, de anciano sabio (: 63-64).

La mención de "El Oscuro" de Éfeso, no está traída por los cabellos como un *deus ex machina*, sino que el propio autor de la novela comentada establece la analogía: "Me gusta tanto contemplar el fuego; por largo tiempo los hombres le han temido, y se han

---

<sup>12</sup> "No solamente Isaías pintó el Milenio, los nuevos cielos y la nueva tierra, Virgilio lo intuyó en la Cuarta Égloga, la celebrada. Todos los hombres sueñan con el retorno de la Primera Edad; Hesíodo y Ovidio lo hicieron; he leído por allí que los persas también. Noches de soledad me lo fueron revelando, lectura tras lectura, desvelo tras desvelo, retornando a las fuentes, corriendo como si fuera un oscuro telón el entretejido de tinieblas que los siglos han acumulado para ocultar la luz, la noche perpetuando para que los hombres desfallezcan o se asgan a esperanzas furtivas, efímeras, que secan sus huesos antes de tiempo, que les quitan humedad al misterio de sus vidas" (: 39).

imaginado un infierno multiplicado en llamas, y lo han asimilado al horror. No se detienen a observar las bellezas de sus formas, posibles como el mar. Rostros y flores, o el simple acaecer, el devenir. Heráclito el Oscuro sintió la fuerza y el primor de su inconstancia. Lo supo transformador" (: 67). No en balde, en la historia de la doxografía presocrática, hallamos que el transmisor de dos fragmentos acerca del Fuego heraclíteo en analogía con el Fuego eterno de la conflagración final del Juicio Final, ha sido Hipólito, obispo católico de Roma, en su *Refutación de todas las herejías*. Francisco se vale de la preeminencia cosmogónica del Fuego en las ideas y creencias de los indios para facilitar la transmisión del cristianismo entre éstos. Francisco: "Dice que Alguien viene, que ya no está crucificado, exangüe. Dice que no moriremos; que Alguien murió una muerte enorme: la que alcanza y sobra para que ninguna más exista; que morirán los dioses, sí, pero que a nosotros nos están reservadas, desde antes que padre, abuelo, bisabuelo, las rastrilladas de la eternidad" (: 44-45). Pues bien, Hipólito, en su *Refutación de todas las herejías* (IX.10.7), recogió este aforismo: "Pues a todas las cosas", -como Heráclito dice-, "las juzgará y arrebatará el Fuego, cuando sobreviniere". El huinca llegado por el río ancho que simula ser mar se homologará en el pensamiento mítico-poético de la indiada con el Fuego que viene, porque, -como pronto corroboraremos-, el río ancho que simula ser mar, simula también ser fuego, porque, -como en Heráclito-, el *Primer Principio* se expresa alternativa y armoniosamente como Fuego y Río.

Como Mircea Eliade ha puesto de relieve en su hermenéutica fenomenológica de los mitos, la cosmogonía, o teogonía, es el paradigma de todas las restantes actividades divinas y humanas. De tal modo que el mito escatológico tiende a imitar paradigmáticamente el mito teogónico, o cosmogónico, de un pueblo, o cultura. La clave hermenéutica del *Apocalipsis* radica en el *Génesis*, y viceversa.<sup>13</sup> Lo genesíaco pregunta: "¿Cuál fue el origen?" (: 37); lo apocalíptico: "¿Cuál la postrer vigilia?" (: 37) Los indios a sueldo bajo la patronazgo de Francisco (*patrón* como *gran padre*) no sólo se someten a la benevolencia de este huinca ("Este huinca no maltrata, este huinca no miente, este huinca paga el trabajo y es de ley" [: 54]), sino además a su *corpus* de ideas y creencias que establecen la preeminencia del Fuego como imagen de *Vida* (El Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles como lenguas de fuego posadas sobre sus cabezas; el

---

<sup>13</sup> "Pero aquí todo nos invade, aquí todo es desmesura, como previo al Génesis o posterior al Apocalipsis, como un planeta surgiente o como un astro en sus pasmos finales, todo un círculo entorno, tierra, tierra, ni una serranía ni un montículo aislado, tierra por todas partes hasta perder la vista, y el aire denso y devorándose a sí mismo, como un monstruo tétrico el huracán carcome a la brisa" [... {: 18}].



fuego de las pruebas que fortalecen la fe como el oro se purifica de sus impurezas por el fuego del crisol), y, finalmente, como imagen de Muerte (el Fuego del Infierno del Juicio Final). María, esposa mestiza de Francisco, detesta las quemazones de los indios; a ella, hija de un huinca y de una india, le meten miedo y más que miedo: *Pavor*. Más que la pesadilla concurrente de María acerca de perros infernales con ojos rojos cazadores de indios cimarrones (: 38, 81)<sup>14</sup>, la esposa de Francisco siente pavor ante el espectáculo de las quemazones rituales de los indios, porque son “como una pesadilla, como una pincelada del juicio final” (: 64). María ha perdido el enlace vital con las tradiciones ancestrales indígenas, habiéndolas sustituido por las tradiciones judeo-cristianas de su esposo. Ella sólo considera el aspecto negativo del Fuego, pero el positivo, o constructor, lo ha olvidado: “querer preñar la noche con una ubicua luz” (: 64). Esto ya no es para María una posibilidad, sino una expresión de lo imposible como cuando nosotros expresamos lo mismo, diciendo que *eso es soñar con pajaritos preñados*. El Fuego destruye y, a la vez, construye. Esto es una verdad básica de Heráclito. En la cosmogonía indígena, nos topamos con semejante verdad: “La noche se parte en dos; de sus pedazos brotan la negra tierra, el puro cielo; la ceniza cae, se deposita; la vida renace con más fuerzas, el verdor tendrá dónde echar raíz. Los animales regresarán y rearmarán sus cuevas. Si el cielo y la tierra están de acuerdo, si el fuego se apagó en un pasmo alborozado, podremos retornar a ser felices. Trashumando otra vez, germina el tiempo” (: 64). Esta última lección es la que, al parecer, aprenderá, Francisco, de sus indios, a saber, que su: “Padre fue la presencia en quien viví la horfandad” (: 45).<sup>15</sup>

<sup>14</sup> [...] “bien que nos desvelábamos con las historias que las criadas indias contaban para espeluznarnos, bien que soñábamos con aparecidos, con indios surgiendo de las huascas, reclamándonos sus degüellos, sus lenguas arrancadas, sus ojos horadados, su sangre fertilizadora de los valles, sus cuerpos crucificados, su ultraje póstumo, bien que disfrutaste de la vieja Miraflores, bien que te empeñaste en que yo llegara a confiar en el amor” (: 26-27). O: [...] “la tierra es un inmenso tejido de agujeros (¿vizcacheras?, ¿respiraderos de seres subterráneos?) y desde ellos se escurren cantidades imprevisibles de perros de piel oscura, y van poblando el sueño hasta ser una sola masa informe, con los puntos ígneos de sus ojos, cancerberos aullándome, ladrándome, pidiéndome piedad o yo la pido, pero ellos se arrojan sobre mí, que no me veo, y me devoran o al menos así me intuyo, desgarrada, escindida, hasta que tú vienes y me reúnes, hasta que todos los jirones se entrelazan, en el grito con el cual ya me despierto” (: 38).

<sup>15</sup> “En la escuela no podíamos jugar porque padre lo prohibía, la casa no podía ser visitada porque padre lo prohibía, las puertas no podían ser entreabiertas porque la mayor preocupación era la maledicencia de misteriosos vecinos que había que evitar a toda costa, porque el nombre, qué nombre, estaba en juego” (: 29).

A la hora de la *presencia*, la *impresencia*; en vez de la *Parousía* del Señor, su *Apousía*. El milenarismo de Francisco halla su fundamento psicológico en el enunciado antes citado que repetimos a continuación: "Padre fue la presencia en quien viví la horfandad" (: 45). Los cristianos de finales del primer milenio: "Le reconviniéron la tardanza de la Parusía antes de entregarse a las fauces de las últimas fieras de los circos, o antes de disgregarse en fantásticas sectas, o antes de establecer una supuesta y única ortodoxia" (: 41).<sup>16</sup> Ante la Presencia, diría Francisco: "no es éste mi destino", aunque habría reconocido que: "Los destinos pueden maniatarse y uno no sabe cómo" (: 42). Su destino es la impresencia hasta el punto que: "Al maestro [de su Milenarismo], no lo conocí. Sólo puedo presentirlo en noches como estas, en las estrellas de su primer hemisferio, las de su vagido que no las de su muerte. Cuando él moría, yo recién nacía a la vera contemplación" (: 45). A pesar de que, tal como no se dio cuenta de cuál era el camino del Espíritu en los huesos dentro de la matriz de su madre, de igual manera, no conoció la obra de Dios, Hacedor de todas las cosas. Porque la contemplación es el bien ofrecido, que ahora se le niega a Francisco, porque quiere asentarse, mientras que: "la estaca y la provisionalidad son nuestras, porque somos peregrinos" (: 17). Padres de la Iglesia como San Agustín: "Quisieron cifrar una doctrina que postergara la espera, que la postergara al infinito o a la simple reducción al símbolo. Civitas Dei. Se olvidaron de Cristo y de su inminencia, tizaron planes con muros y con torres, olvidando que el cristiano ha de ser peregrino" (: 41). La peregrinación, o nomadismo, es "nuestra casa" (: 28): "nómades somos" (: 28). Somos *la escritura de(l) Dios*.<sup>17</sup> "Dios escribe en tanto y todavía, y sin prefijos fijos, con nómades vocablos" [... (: 16)]. Si nómades son los vocablos de Dios, y si los cristianos son nómades, entonces los cristianos son vocablos de Dios. Somos, -dice Pablo de Tarso-: "Cartas abiertas". Para Francisco: "Los libros fueron mi casa, no hubo otra" (: 29). Nos confiesa: "Yo conocí los sacros libros desde mi infancia" [... (: 31)]. Los libros: "Son la patria manuable, transportable" (: 30). Según Francisco: "Los libros fueron casa y corriente de agua que nos emancipaba fluyendo por pasadizos secretos, ellos habitaban mansos las paredes" (: 29). Hasta el punto que: [...] "los libros se acumulan en tu anatomía, te transforman, te amargan, te entristecen, pero también te preparan para el dolor, porque el dolor se desborda desde ellos, porque son lágrimas del hombre y esperanza de Dios, y a veces incluso sutilezas del Diablo" (: 31). Quizás, Joserramón Melendes repensaría dichas *sutilezas del Diablo* como: "Naturatura

---

<sup>16</sup> "Papías, su discípulo, creyó en el Milenio. También Policarpo, Ireneo, Tertuliano y Justino Mártir, los apologistas en conjunto, los más viejos Padres. Pero se cansaron de esperar" (: 40).

<sup>17</sup> Cfr. "La escritura del dios", de J. L. Borges.

que se dispersa como la selva tragándose el templo para imantarlo su literalesa clabada en el asoge organizado por su eflubio, como si fuéramos" (: 145).<sup>18</sup> Advertencias contra los libros como ésta: "No acumular libros, dijo el Eclesiastés, porque son fatigosos a la carne. El que aumenta en sapiencia ahonda inexorablemente su propia, interior desgarradura" (: 31). Quizás, tal advertencia esconde la sutileza de que si: "Los libros nos permiten enjuiciar a los hombres antes que Dios lo haga nuevamente. A imagen y semejanza somos: también se nos permite este extraño simulacro" (: 30)<sup>19</sup>; entonces la *extrañeza* de tal *simulacro* ("Nunca comprenderás el extraño vínculo" [: 30]) estribará en que si nuestra esencia humana es *literalesa*, entonces la de Dios será *naturatura*. Por supuesto, ante el panóptico de la ortodoxia, tal "extraño vínculo sería una herejía, una blasfemia."<sup>20</sup> Sin embargo, el protagonista de la novela expone su divisa: "Seguiremos leyendo y hurgando en los viejos infolios" (: 42). En suma: "Los libros, la casa" (: 32); es decir, a la hora de la presencia del Autor (*Parousía* ["La presencia casi física, el palpitar casi humano, la resurrección permitida de las voces mucho antes que la otra, la del Juicio Final" (: 30)]), se nos da no *el bien ofrecido* sino la *impresencia* suya en la *presencia* de la *escritura*. Tal la hora de la *Presencia de la Impresencia* como la quevediana *Hora de todos*. Mas *Ésta*, principalmente en *María* como *Escritura*. Francisco dice acerca de los libros que: "Mi carne también ha sabido fatigarse de ellos. Por eso es que te busco, María Antonia" [... (: 31)]. Porque "ella que ahora es también un poquito una casa" (: 28). La Madre se nos metamorfosea en los libros, o escritura, porque, -según Francisco-, su esposa mestiza es río principal al cual él afluye como tributario y ella es casa: "María Antonia mía, en quien confluyo como naciente en río, a quien arribo en paz como a una casa" (: 32). Recordemos que Francisco antes ha dicho que *los libros fueron casa y corriente de agua que nos emancipaba fluyendo por pasadizos secretos*. No obstante, el

---

<sup>18</sup> *Borges, el espía*, riopiedras (puertorrico): qeAse, 1998, p. 145. "NO PASA EL TIEMPO PORQUE PASA EL TIEMPO incandescente como las carabanasintermitentes para un ser que gana el ápise del tiempo como templo" (*Op. cit.*, p. 71).

<sup>19</sup> "Los libros nos permiten conocer al hombre y a Dios mismo mucho más que la vista de una multitud o que las palabras de un supuesto sacerdote. La Deidad trascendente se refleja en sus obras (como esta pampa, como estos pájaros) pero también en los Libros que dictó a los hombres para que ellos guiaran su camino" (: 30).

<sup>20</sup> "Blasfemia inútil sería compararte con la Divinidad; ni siquiera eres demiurgo, bajo el sol eres todo creatura, Francisco, mi Francisco, aunque amases el barro y le des forma y la casa presenta líneas de habitaciones y de futuras sombras que hoy no las hay, tan solo puedes confundirte con el barro o emerger de él, has dvidado tu piel ebúrnea como si hace siglos te hubiera conocido el sol, ya eres bronce viejo, barro del que emerges, barro que roza el barro, creatura" (: 22).

esposo que considera a su esposa un homólogo del Ser en sí (: “Sólo tú eres real, María Antonia; sólo tú no eres paradójica, sólo tú existes en ti misma, sin escisiones ni postergaciones, sólo tú palpable, amada, intacta” [: 45]), yerra al dejar de errar.

María como literalidad cuya naturaleza fluye como río se desdice de los modos y atributos que Francisco le achaca. Su indianismo y su mestizaje cultural permiten, a María, aceptar la angustia como parte integrísimas de su existencia auténtica (“He sabido sumarme con entusiasmo a tus creencias y a tus devenires; pero me pregunto porqué” [: 50]). La Ausencia de ese “Dios soñado bajo la imagen de un ternísimo Padre, a quien mi corazón podía volcar el contenido completo de mi angustia pueril” (: 49). La “angustia pueril” (: 49) y “expectación casi infantil” (: 43) se copertenecen. Su esposo preveía tales verdades, pero no sacó las consecuencias lógicas de las mismas. Por ejemplo, Francisco dice: “Fluimos [...] Fluimos [...] Fluimos [...] fluimos sobre ella [...] Alguien nos espera [...] fluimos para que Alguien nos recoja, y en esta soledad sabrás reunirte en ti como un baluarte, reunirte en mí como una fortaleza de torreones dobles, porque el Dios de las Huestes nos espera, porque nos tiene asignada compactura” {: 22, 121, 122}. Pero ha olvidado que la “asignada compactura” (: 22) exhibe como signo, o característica esencial, la *fluxión*.<sup>21</sup> Como Molina le advirtió al patrón que tiene cuidarse, porque: “Adentro; un poco de sangre india también corre por mí” (: 32), *nosotros, mestizos hispanoamericanos, hemos advertido también la Húbris salmónica de Francisco*. [...] “Usted va contra la corriente, y en cualquier momento puede empezar a cansarse o a alguien puede ocurrírsele derribarlo” (: 56). ¿Acaso no esto mismo la *metanoia* cristiana? El comentario de Francisco a su capataz es sintomático de la situación existencial inauténtica del *Patrón*: “Ahora usted también teologiza, Molina. Y se rió. No es fácil ver reír al patrón” (: 56). La seriedad de Francisco se homologa a su pretensión de que haya una metafísica de la Presencia casi física del Dios judeo-cristiano (“se quedaba quién sabe dónde como un sustrato inferior avaro de sí mismo que había que respirar con fruición porque era poco” [... {: 18}]). La risa es una huida de tal pretensión. Francisco “se rió” (: 56) significa que, en esos momentos, se hizo *río*, se dejó llevar por la corriente del Río de Fuego, o del Fuego-Río. La Vida como “el otro libro” (: 16) y éste como “otro tejido” (: 15 [porque la Vida es como un tejido {“la tierra es un inmenso tejido de agujeros” [[: 38]]}], se homologa con María hecha Río. Ella es otra *Rhea*, es decir, flujo (*Pánta*

---

<sup>21</sup> “La tierra está llena de instantes de piedad. Pero esa piedad abre mi duda, los signos de interrogación cobran su forma de lacerantes ganchos de matarife” (: 49). O: “El mundo sigue girando, cruel, entorno, mientras procuramos tenazmente descifrarlo. Y comenzamos soberbiamente por nosotros. Procuramos signos que quizá nos estén vedados” (: 50).

*rhe*), y Francisco, otro *Chrónos* (¿acaso de *Krounós* ["fuente", "choro"]?), Tiempo que danza en corros, extendiéndose (*Jrónos joreún sive joron*). El relato de la novela es texto tejido, o urdido, cuasi oníricamente ("urdiremos el sueño" [: 17]) como la *Tela de Penélope*: [...] "tejamos nosotros también otro tejido nuevo, novísimo, como incipiencia, como estreno, como alegría de pájaros vírgenes en esta geografía espléndida que Dios nos ha concedido en su celo y en su misericordia, tejamos, destejamos algarabías, acompáñame a leer la vida, el otro libro, el nuestro, aquel en que nosotros libres escribimos, y Dios escribe en tanto y todavía, y sin prefijos fijos, con nómades vocablos, con metáforas nuevas escribamos, alma, en este día arguyamos los sueños, qué nos cuesta" (: 15-16). Ya hemos aludido antes a estos "nómades vocablos" en relación con la literalidad de la naturaleza humana. En un pasaje de las *Cuestiones académicas*, de Marco Tulio Cicerón, está dicho en alusión a la dialéctica: "Decidme ahora si una ciencia que destruye su propia obra, después de haberla compuesto, no evoca en vosotros el recuerdo de Penélope ocupada en tejer y destejer su tela" (2.29.95).<sup>22</sup> Con la dialectización de la retórica, o retorización de la dialéctica, nos hemos topado en la novela *Francisco*. Mas es María el personaje que posibilita tal conceptualización, siendo mestiza. Hay un pasaje nivolesco que despliega los niveles de referencialidad que hay en el personaje de María, a saber: [...] "la encumbrada ninfa de los cerros devenida en rara asceta de la Tierra Adentro" (: 26). Sí, "como una santa matrona" (: 26). Pero mejor, para nuestro desciframiento hermenéutico, como una "ninfa" que teje tras bastidores la urdimbre de la trama de *Francisco*. María es como una feacia experta hilandera. En la *Odisea*, de Homero, leemos que la corte de los reyes Alcínoo y Arete: "Cincuenta esclavas tiene Alcínoo en su palacio; unas quebrantan con la muela el rubio trigo; otras tejen telas y, sentadas, hacen voltear los husos, moviendo las manos cual si fuesen hojas de excelso plátano, y las bien labradas telas relucen como si destilaran aceite líquido. Cuanto los feacios son expertos sobre todo los hombres en conducir una velera nave por el ponto, así sobresalen grandemente las mujeres en fabricar lienzos, pues Atenea les ha concedido que sepan hacer bellísimas labores y posean excelente ingenio" (VII.104-111).<sup>23</sup> Las feacias son a las telas, como los feacios a las velas. Mas éstas son el producto de la labor textil de las feacias. Tejer es como navegar, pero quien navega solamente sabe menos de la vida que quien, además de navegar, teje telas como las feacias. María es como una feacia, sin caer en la *húbris* de Arachné. Su santa patrona

<sup>22</sup> *Cuestiones académicas*, trad. de Agustín Millares Carlo, Madrid: Espasa-Calpe, S. A., 1972, (Colección Austral, # 1485), pp. 104-105.

<sup>23</sup> *Odisea*, trad. de Luis Segalá Estalella, Barcelona: Verón | editor, 2da ed.: 1973, p. 89.

sería Atenea, diosa de la sabiduría, guerra y artes textiles. Francisco le prohíbe, a María, lo que ella como ninfa Náyade saber mejor: "No intentes leer a Platón, María Antonia; hizo lo que pudo, como nosotros hoy, al tratar de desentrañar la oscura trama" (: 53). Ésta es como las "túnicas con púrpura marina" que citaremos prontamente. María es como una ninfa Náyade que teje telas que en opinión de Odiseo serían buenísimas para velas de naves. Nuevamente, oigamos a Homero en su *Odisea*, referirnos los pasajes en cuestión:

Está en el país de Itaca el puerto de Forcis, el anciano del mar, formado por dos orillas prominentes y escarpadas que convergen hacia las puntas y protegen exteriormente las grandes olas contra los vientos de funesto soplo; y en el interior las corvas naves, de muchos bancos, permanecen sin amarras así que llegan al fondeadero. Al cabo del puerto está un olivo de largas hojas y muy cerca de una gruta agradable, sombría, consagrada a las ninfas que náyades se llaman. Hállanse allí crateras y ánforas de piedra donde las abejas fabrican los panales. Allí pueden verse unos telares también de piedra, muy largos, donde tejen las ninfas mantos de color púrpura, encanto de la vista. Allí el agua constantemente nace. Dos puertas tiene el antro: la una mira al Bóreas y es accesible a los hombres; la otra, situada frente al Noto, es más divina, pues por ella no entran hombres, siendo el camino de los inmortales (XIII.96-112).<sup>24</sup>

Notemos el paralelismo sinónimo entre: "grandes telares de piedra donde las ninfas tejen sus túnicas con púrpura marina" ("¡una maravilla para velas!") y "corren las aguas sin cesar". ¿Dónde? *Allí*: En el camino abundante en palabras, o polifémico, de la *Daimon* parmenídea, que ileso lleva al iniciado *Adentro*. María es como dicha *Daimon*: "La diosa

---

<sup>24</sup> *Op. cit.*, p. 177. "Pero, ea, voy a mostrarte el suelo de Itaca para que te convenzas. Este es el puerto de Forcis, el anciano del mar; aquél, el olivo de largas hojas que existe al cabo del puerto; cerca del mismo se halla la gruta deliciosa, sombría, consagrada a las ninfas que náyades se llaman: aquí tienes la abovedada cueva donde sacrificabas a las ninfas gran número de perfectas hecatombes; y allá puedes ver el Nérito, el frondoso monte. Cuando así hubo hablado, la deidad disipó la nube, apareció el país y el paciente Odiseo se alegró, holgándose de su tierra, y besó el fértil suelo. Y acto continuo oró a las ninfas, con las manos levantadas: '¡Ninfas náyades, hijas de Zeus! Ya me figuraba que no os vería más. Ahora os saludo con tiernos votos y os haremos ofrendas, como antes, si la hija de Zeus, la que impera en las batallas, permite benévola que yo viva y vea crecer a mi hijo'" (XIII.344-360 [*Op. cit.*, pp. 183-184]). Cfr. *Comentario de Porfirio a la Cueva de las Ninfas*, o nuestro artículo "Otras fuentes del Soneto XI de Garcilaso de la Vega", *Boletín de la Academia Puertorriqueña de la Lengua Española*, San Juan, 1996, pp. 101-125.

me acogió con afecto y tomando mi diestra en la suya se dirigió a mí y me habló de esta manera: 'Oh, joven, compañero de inmortales aurigas, tú que con las yeguas que te llevan alcanzas hasta nuestra casa, ¡salud! Pues no es un mal hado el que te ha inducido a seguir este camino -que está, por cierto, fuera del transitar de los hombres-, sino Themis y Dike" (B1.22-28).<sup>25</sup> De su maestro milenarista, Francisco advierte a su esposa que: "Dicen que vivía como los antiguos eremitas, en una cueva o algo así (no te rías, María Antonia), con sus libros" (: 46). La prohibición apunta a que María deje de ser "ría", o "desembocadura", de río, y a que no ría dejando de ser lo que ella esencialmente es. En suma, en la "nóbera" *Francisco*, las aguas se nos metamorfosean en hilos; éstos, en libros; éstos, en seres vivos; éstos, en mitos,: [...] "no soy solo un espacio en la amnesia de Dios" (: 49), o [...] "revividos, salvados del naufragio de la ira de Dios. Porque la ira de Dios también se muere" (: 68). Este es *el tamaño de la esperanza* de Francisco para su Argentina soñada.

---

<sup>25</sup> *Parménides*, texto griego, traducción y comentario de Alfonso Gómez-Lobo, Buenos Aires: Editorial Charcas, 1985, p. 29.